



Algunos **OLD SAM**, luego de una tocata en la mañana del sábado 31 de julio 2021 en la cancha de la BASF, Concón. Una mañana como muchas. De izquierda a derecha: Nico du Belloy, Osvaldo Collao, Ignacio von Unger, Rodrigo Salinas, Víctor (Negro) Machuca, Mauricio (Hawaii) Núñez, Pato Winckler, Jaime (Conde) Rivera, Miguel Delgado, Felipe Robles, Roberto (Neco) Rojas, Claudio (Chico) Campos, Matías Anderson (Cabestrillo).

## EL CONDE PAPÚA

13 de mayo de 2026

Conde se nos fue camino a clases de música. Haciendo lo que más quería, como Pablito Cabrera, quien nos dejó en la cancha -literalmente- hace un par de años.

Cuando cachorros, algo borrachos y en medio de un nacional en Santiago, improvisamos una tocata en la Alameda, cerca de Plaza Italia. Una botella plástica las hacía de ovalada. Al recibir un pase de Chico Campos, Conde me puso un tackle de esos, cayendo ambos a la cuneta; yo de bruces, él incólume por el oficio de quien sabe caer. El impacto sobre el suelo duro no fue menor y volvimos los tres abrazados al hotel. Al día siguiente, intenté ocultar el ojo en tinta del Tito Gómez, con éxito. El golpe era reciente y pude achacarlo al partido del día anterior. Esa mañana entramos a la cancha con todo, a pesar de la resaca (bendita juventud). Si mal no recuerdo, ese año nos fue bien, aunque no ganamos el torneo. Me corregirán los de mejor memoria, pero creo que salimos segundos, tras la imbatible Católica, que nominaba a un buen par de seleccionados nacionales (como el mismo Conde, Calambre y Loncho, por nuestra parte).

Esa pasó a ser una de esas historias que se repiten hasta hoy en las juntas de Old Sam (viejos que encontramos una excusa para vernos cuando ya los huesos cedieron a las lesiones). Pero solo fue una anécdota entre muchas con Conde de protagonista, todas ellas con el power de un personaje que no pasaba desapercibido, sino todo lo contrario. Grande, fornido, parchado, pero siempre feliz con una pelota en la mano. Perro fiel con sus amigos Aldo Roque, Tombeli, Chico, Negro, los maristas, los rancagüinos, los del mundial, los mecánicos de la USM, los del club, los de Placeres y otros muchos más.

La penúltima vez que nos vimos en la casa de Chico Campos, improvisamos una tocata al aire libre. Negro Machuca de voz, Stanko en la guitarra, Conde en la batería yo acompañando con acordes de guitarra. Los Old Sam recordando viejas historia de camarín y pasto húmedo. Con sus decenas de lesiones bien ganadas en la cancha, desde hace algunos años Conde descargaba su potencia en un rock que ya no se escucha en los bares porteños. Siempre contento con una baqueta y un tarro al cual sacarle un beat.

Condecu.

Este desvelo es por tí.

Nos vemos en el ingoal.



Aprovecho de copiar uno de los tantos recuerdos que dejaron sus amigos. Este de mi buen amigo **Matías Anderson**<sup>1</sup>, que jugaba de scrum half, yo de fly y Conde de lock en la USM.

Se fue el Conde.

Y cuando se va alguien como él, no se va solamente una persona. Se va una parte de la cancha, una parte del tercer tiempo, una parte de las historias que uno repite durante años con la misma risa, aunque el cuerpo ya no dé para correr como antes.

<sup>1</sup> También padrino de mi ahijado (otro rugbysta, Paul Eggeling Winckler (Katiushka)).

Jaime, el Conde, el rancagüino, el de la Santa María, el músico, el rugbista, el amigo de mil batallas. Para mí fue mucho más que un compañero de equipo. Fue mi número 8, mi lock, mi hombre al lado desde que yo tenía 18 años y entraba a ese mundo todavía medio pendejo, creyendo que sabía algo, pero aprendiendo rápido que en el rugby uno se hace grande al lado de tipos como él.

Recuerdo ese Nacional del que habla Pato. Para mí era el primero. Yo era el nuevo, el cabro chico del grupo. Y el Conde, como buen veterano de guerra, decidió que había que iniciarme como correspondía. Quiso cortarme la barba porque pelo ya no me quedaba mucho. Era parte del rito, de esa tradición medio brutal y hermosa que todos habían vivido antes. Uno no entraba gratis a ese equipo. Había que ganarse el lugar, aguantar la talla, el golpe, el barro, el cansancio y también el cariño escondido detrás de cada empujón.

Ese año nos sacaron el alma entrenando. Y como bien recuerda Pato, solo perdimos con Católica. Una Católica llena de seleccionados, con el Yuma al frente, que era mi opuesto y seleccionado nacional de Chile. No había mucho margen para la poesía ahí, pero igual salimos a jugar. Porque eso hacíamos. Entrábamos igual. Con miedo, con hambre, con respeto, con resaca si era necesario, pero siempre con el equipo por delante.

Con el Conde compartimos cancha, música, historias, abrazos, cumpleaños, conversaciones simples y afectos que no siempre se dicen, pero se saben. No éramos de hablar todos los días. No hacía falta. Hay personas que se entrelazan en la vida de uno de otra manera. Aparecen en distintas etapas, en distintos lugares, con distintas excusas, y de pronto uno entiende que estuvieron siempre ahí, formando parte de la propia historia. Conocí a su mujer, más no sus hijos, conocí su mundo, de sus amigos, de su manera de estar. Y sé que él me tenía cariño. Yo también se lo tenía. Mucho.

El Conde tenía esa mezcla difícil de explicar: era fuerza, era música, era lealtad, era humor, era presencia. De esos tipos que cuando entraban a una cancha, a una pieza o a una junta, algo cambiaba. No pasaba inadvertido. No podía. Venía con esa energía de los que no saben vivir a medias.

Hoy duele despedirlo. Duele porque no se muere solo un amigo. Se muere una época. Se muere un pedazo de juventud, de equipo, de giras, de tackles, de canciones, de risas y de esas batallas que después se transforman en leyenda. Pero también queda algo enorme. Queda la memoria. Queda el equipo. Quedan las historias. Queda ese Nacional. Queda la barba que me quiso cortar. Queda el cansancio compartido. Queda la música. Queda la cancha.

Y queda el Conde, parado donde siempre estuvo: firme, grande, querido, con una pelota cerca, una baqueta en la mano y una sonrisa de esas que no se olvidan.

Buen viaje, amigo querido...

Nos vemos en el in goal.